

Secretaría de Prensa

MENSAJE DE FIN DE AÑO, DE S.E. EL PRESIDENTE DE
LA REPUBLICA, D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR

SANTIAGO, 31 de Diciembre de 1991.

Compatriotas:

Esta noche me dirijo a Uds. para hacer llegar a todas las familias chilenas y a cuantos habitan nuestro territorio, un cordial saludo de Año Nuevo.

El término de un año y el comienzo del siguiente es ocasión propicia para reflexionar sobre nuestra existencia y nuestro destino; sobre lo que somos y lo que queremos ser; lo que nos ha sucedido en la etapa recorrida y lo que esperamos de la próxima. Esto nos ocurre tanto en el plano personal y familiar, como en el nacional y el universal.

No es mi intención hacer ahora un balance de la situación de Chile al cabo del año que termina, ni anunciar propósitos para el que viene. Mi función me impone el deber de hacerlo en otras oportunidades. Quiero, en cambio, invitarlos a que lo hagan ustedes mismos. Un deber elemental de solidaridad nacional exige a toda persona procurar formarse su propio juicio, razonado y equitativo, sobre la suerte de su patria, y preguntarse de qué manera puede contribuir a mejorarla.

Los seres humanos somos más aficionados a quejarnos de lo que nos falta que a apreciar lo que tenemos. También somos propensos a culpar a los demás de los males que suceden y a no pesar ni asumir las responsabilidades propias.

Siento el deber de llamarles la atención sobre lo bueno que hemos alcanzado y del camino que estamos haciendo.

Hay sin duda en el país muchos problemas y estamos aún lejos de alcanzar la sociedad plenamente democrática, próspera y justa que anhelamos. Pero son muchos los hechos y signos que nos mueven a valorar positivamente el año que termina y a mirar hacia el futuro con esperanza y optimismo.

Aunque nuestro régimen político requiere perfeccionamiento, tarea en la que estamos empeñados, lo cierto es que se ha consolidado en el país una convivencia pacífica y democrática, fundada en el respeto a las personas y a las instituciones, dentro del marco de un Estado de Derecho plenamente vigente.

Si bien la tranquilidad social suele ser perturbada por acciones de violencia delictual y terrorista que causan hondo dolor y justificada indignación, lo cierto es que esas conductas suscitan general repudio y estamos adoptando las medidas necesarias y eficaces para castigarlas y evitarlas. Después de tantos años en que sectarismos, pasiones y odios dividieron a los chilenos en amigos y enemigos, imponiendo un clima de violencia permanente, hoy impera entre nosotros un espíritu de reconciliación y entendimiento.

Si bien estamos aún lejos de llegar a ser una nación desarrollada, nuestra economía está funcionando sobre bases sólidas y sanas, pasamos con éxito el ajuste del año 90, crece el producto nacional, disminuye la inflación, aumentan las exportaciones, se multiplican y diversifican las inversiones, y el país progresa en infraestructura y en desarrollo tecnológico.

Nuestro mayor problema sigue siendo la pobreza, que aflige sobre todo a casi un 40% de la población nacional. Pero las remuneraciones reales de los trabajadores han aumentado, especialmente los ingresos mínimos; las políticas sociales de salud, vivienda, educación y capacitación de jóvenes para el trabajo empiezan a producir sus frutos y el esfuerzo nacional de crecimiento con equidad que estamos impulsando se orienta precisamente a derrotar a la pobreza. Este es nuestro mayor desafío como

nación y él requiere la colaboración solidaria de todos los chilenos.

En el ámbito internacional, que a pesar de algunos cruentos conflictos se presenta alentador y promisorio de un clima de paz y colaboración mundial, Chile goza de sólido prestigio y es señalado a menudo como ejemplo, estrechamos nuestra amistad con las hermanas repúblicas vecinas y con los países iberoamericanos e incrementamos sólidas relaciones de paz y cooperación con todas las naciones.

Hay chilenos a quienes preocupa el debilitamiento de algunos valores en la realidad de nuestra convivencia. El tema, más que motivo de polémica, debiera ser objeto de serena meditación. La historia muestra que la estabilidad y solidez de las sociedades depende mucho más de la vigencia de valores éticos generalmente compartidos y acatados voluntariamente por la gente, que de decisiones autoritarias. La moral no se impone por decreto. El respeto a la verdad, al derecho y a las instituciones, la honradez, la sobriedad, el sentido de justicia, la tolerancia, el amor a la familia y a la patria, la solidaridad, son valores o virtudes arraigadas en el alma y en la tradición de los chilenos. Su práctica nos ha dado un sello histórico que es motivo de orgullo nacional. Todos debiéramos esforzarnos por cultivar estas virtudes e inculcarlas en el corazón de nuestros hijos.

Al comenzar el nuevo año, hago votos porque haya paz entre los hombres y entre las naciones, y ruego a Dios por nuestra Patria, por todos sus hijos y habitantes. A todos digo cordialmente: ¡Feliz Año!

* * * * *

SANTIAGO, 31 de Diciembre de 1991.

MLS.